

Papeles de la Sección Iberoamericana del Ateneo de Madrid

Nº 5, 30 de Junio de 2016.

**“Las dos memorias. Latinoamérica y España después de más
de doscientos años”**

Augusto Serrano López

Profesor Emérito de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras.

Presentación de Augusto Serrano López

Augusto Serrano López es natural de Casas de Fernando Alonso (Cuenca, España), Doctor en Filosofía por la Universidad Técnica de Berlín, Profesor titular de Filosofía en la Universidad Nacional Autónoma de Honduras y Coordinador del Doctorado en Gestión del Desarrollo. Es autor de numerosos artículos y libros, de los que destacamos: “Tres actitudes del hombre frente al mundo” (Tegucigalpa, 1973), “El sujeto como objeto de las Ciencias Sociales” (Bogotá, 1982), “La Esperanza en el presente de América Latina” (San José, 1983), “Desarrollo Humano: fronteras y alternativas” (Tegucigalpa, 2000), “Paisajes de la memoria” (Tegucigalpa, 2007) o “Migrando sobre la Esfera. Pensar el desarrollo en la globalización desde América Latina” (Tegucigalpa, 2010).

Esta conferencia se imparte en el marco del Proyecto “América en la conciencia de la España actual” al que se refiere Augusto Serrano López de esta manera: “Sospecho que este foro ha nacido por algún motivo. Quizás porque alguien se ha dado cuenta de que nuestras relaciones con América son incorrectas, que nuestro conocimiento de América es deficiente e, insatisfecho con lo dado, se habrá preguntado, ¿por qué esto es así y no de otra manera, si, teniendo otro conocimiento de América nuestras relaciones podrían ser diferentes?, obligando a investigar acerca de las fuerzas y los poderes, de las opiniones que gravitan sobre tal situación para conociéndolos, poder dar el salto a su transformación”

A modo de avance

No quiero zambullirme en alguna discusión de tipo medieval acerca de los universales, por aquello de que estamos hoy preguntando sobre *la conciencia española*, universal que

tiene legitimidad y probablemente algún sentido que vaya más allá de los espacios estadísticos, pero he de admitir que la pregunta es oportuna y debería hacerse mucho tiempo. Debería haberse hecho hace, al menos, 38 años, cuando en España se comenzó a poder preguntar sin miedo.

Pero las preguntas que le hagamos a la historia podrán ser todas legítimas y sensatas, pero las respuestas dependerán siempre del rastreo que sobre la memoria irreversible de lo acaecido, haya hecho la memoria reversible que nos adorna como potencial a los seres humanos.

Parto de una tesis, porque mi discurso es filosófico y así discurre la Filosofía.

-El pasado está “vivo”, lo sepamos o no.

Estoy hablando en el sentido más amplio que cabe hablar de lo existente: más allá del corte historiográfico, más allá del corte antropológico, se hace aquí desde el corte astrofísico: desde las dos leyes fundamentales de la Termodinámica, de modo que lo que hay, sea una galaxia, una montaña, una rana o la situación de la bolsa de Londres podrán dejar de ser lo que son y como son, pero no se aniquilarán, asumirán otra de las mil formas y maneras que la energía del universo puede tomar.

Eso hace que todo lo que ha sucedido en todos los órdenes que ha parido este universo en el que estamos y somos, por ser precisamente irreversible, esté ahí de alguna manera suprimido, conservado y superado y que, por muy transformado que se esconda, ha dejado huellas que, si se dispone de las *astucias* necesarias para rastrearlas, podremos descifrarlas y traerlas a nuestra presencia.

Pero, claro está, ese trabajo de rastreo es posible porque en ese mismo universo hay otra memoria que puede actuar reversiblemente: es el pensamiento humano que, para este menester, no está sometido a esas dos leyes tiranas de la Termodinámica: puede ir al pasado reversiblemente con las botas de siete leguas del concepto como diría Hegel y lo puede hacer a más velocidad que la de la luz. "Esto es lo que yo llamo, la Conjetura de Protección de la Cronología: Por lo tanto, parece que puede haber una Agencia de Protección de la Cronología, que salvaguarda la estabilidad del pasado para los historiadores". ([Stephen Hawking](#), 1992)

El pasado está “vivo”- ahora podemos entender lo que de vivo tiene y podemos dar cuenta y razón de él. Sólo hay que saber preguntar. Para eso están ahí las ciencias, las forma de interrogación más potentes de que disponemos. Porque cada ciencia es el intento de responder a esta pregunta que muy bien se hicieron los dos más grandes relativistas de la historia, Leibniz y Einstein: “¿por qué son las cosas así y no de otra manera?”.

Sospecho que este foro ha nacido por algún motivo. Quizás porque alguien se ha dado cuenta de que nuestras relaciones con América son incorrectas, que nuestro conocimiento de América es deficiente e, insatisfecho con lo dado, se habrá preguntado, ¿por qué esto es así y no de otra manera, sí, teniendo otro conocimiento de América nuestras relaciones

podrían ser diferentes?, obligando a investigar acerca de las fuerzas y de los poderes, de las opiniones que gravitan sobre tal situación para conociéndolos, poder dar el salto a su transformación.

Pues bien, postulado esto, diremos que la primera memoria nos indica que nosotros, hoy, a más de doscientos años de la independencia de las repúblicas americanas, somos sus herederos y, en ese sentido, aquello no está muerto: somos el resultado, pero somos resultado vivo y así lo traducirá nuestro discurso, sólo en la medida en la que aquello no lo dejemos de lado como si fuese pasado muerto: “Pues la cosa no se agota con su fin, sino con su llevarse a cabo, ni el resultado es el todo real, sino aquél junto con su devenir; el fin de por sí es lo universal muerto, del mismo modo que la tendencia es el simple impulso que prescinde todavía de su realidad; y el resultado escueto es el cadáver que la tendencia deja tras de sí” (G.W.F. Hegel: *Phänomenologie des Geistes*. Akademie Verlag. Berlin 1967. S. 11).

Conclusión: podremos entender ricamente los movimientos independentistas americanos de las primeras décadas del S.XIX, sólo si los vemos desde su resultado : si desde hoy somos capaces de discernir entre los mitos inventados *a posteriori* acerca de la Independencia de las Repúblicas de América Latina y lo realmente histórico; y si somos capaces de discernir entre las esperanzas de aquellas personas (su lado intencional) y las realidades de hoy (lo que de verdad resultó) y las nuestras.

Queramos o no, este paseo historiográfico, nos incluye a nosotros

Conferencia “Las dos memorias. Latinoamérica y España después de más de doscientos años” de Augusto Serrano López, pronunciada en el Ateneo de Madrid el día 23 de mayo de 2016.

No se trata de conservar el pasado,

sino de realizar sus esperanzas

Horckheimer /Adorno

1. Desde hace milenios el ser humano ha inventado y desplegado multitud de astucias para poder discurrir por el tiempo y el espacio con ciertos aires de seguridad y fiabilidad. Hemos conseguido hacer mapas del espacio y cronogramas del tiempo que nos orientan en nuestras andaduras. Pero todo esto lo hemos logrado porque en este universo en el que existimos y vivimos hay dos tipos de memoria que se complementan: la que resulta y se va condensando como poso, sedimento y solera de lo que ha sucedido y es *irreversible*,

pues no es sino lo que va quedando del flujo de los acontecimientos que discurren según la línea entrópica del tiempo a la que todo está sometido en este universo (1). Y la memoria que algunos seres vivos tienen como poder de discurrir hacia atrás sobre las espaldas de la otra, *reversiblemente*, en alas del recuerdo y de aquellas astucias para realizar estos viajes de ida y vuelta al pasado: entre otras, por medio de la Historiografía, de la Paleontología, de la Geología y aún de la Astrofísica. Sin la irreversibilidad de la una, sería imposible la reversibilidad de la otra. Pero, es más, sin la permanencia “viva” de las huellas de la que es irreversible, la otra, la reversible, no tendría ni espacios ni tiempos que recorrer y mucho menos que rescatar.

Pues bien, postulado esto, diremos que la primera memoria nos indica que nosotros, hoy, a doscientos años de la independencia de las repúblicas americanas, somos sus herederos y, en ese sentido, aquello no está muerto: somos el resultado, pero somos resultado vivo y así lo traducirá nuestro discurso, sólo en la medida en la que aquello no lo dejemos de lado como si fuese pasado muerto: “Pues la cosa no se agota con su fin, sino con su llevarse a cabo, ni el resultado es el todo real, sino aquél junto con su devenir; el fin de por sí es lo universal muerto, del mismo modo que la tendencia es el simple impulso que prescinde todavía de su realidad; y el resultado escueto es el cadáver que la tendencia deja tras de sí” (G.W.F. Hegel: *Phänomenologie des Geistes*. Akademie Verlag. Berlin 1967. S. 11).

Por tanto: aquello que sucedió en América hace más doscientos años, desde el punto de vista de la búsqueda de independencia y autonomía fue el balbuceo de lo que hoy somos: balbuceo, porque ahí salió a luz pública y comenzó a prender en las conciencias de las gentes (criollos, indios, mulatos, negros y mestizos y españoles) la idea de que las instituciones políticas son obra de los seres humanos y, por lo mismo, se pueden y deben cambiar, cuando las circunstancias lo exigen. Asunto que los americanos comenzaron a entender mucho antes que nosotros los europeos que tuvimos que padecer guerras terribles para comenzar a ver así las cosas ya a mediados del siglo XX: “Asistimos al reconocimiento incipiente de que la fuente de la ley es la sociedad misma, que somos nosotros quienes hacemos nuestras propias leyes, por lo que se abre la posibilidad de discutir y poner en cuestión la institución existente de la sociedad, que ya no es sagrada, o al menos no de la misma forma que antes. Esta ruptura, que es a la vez una creación histórica, implica una ruptura de la significación instaurada en las sociedades... La ruptura de esta clausura es la apertura de la interrogación ilimitada... Diré que una sociedad es

autónoma si no sólo sabe que es ella la que hace sus leyes, sino que además es capaz de ponerlas explícitamente en cuestión” (C. Castoriadis: *El ascenso de la insignificancia*. Frónesis. Valencia 1998; págs. 159- 160).

Conclusión: podremos entender ricamente los movimientos independentistas americanos de las primeras décadas del S.XIX, sólo si los vemos desde su resultado (porque asumimos el presente como la clave para entender el pasado y no al revés): si desde hoy somos capaces de discernir entre los mitos inventados *a posteriori* acerca de la Independencia de las Repúblicas de América Latina (2) y lo realmente histórico y si somos capaces de discernir entre las esperanzas de aquellas personas (su lado intencional) y las realidades de hoy (lo que de verdad resultó) y las nuestras.

Queramos o no, este paseo historiográfico, nos incluye a nosotros.

2. Recorriendo estos espacios históricos, podemos hoy precisar una doble corriente que ha determinado la suerte de los pueblos americanos, la de España y Europa y la del resto del mundo. Doble corriente (3) de cuya densidad apenas si podremos destacar algunos aspectos dada la brevedad de nuestra intervención. Y no se trata aquí de celebrar nada, sino de destacar, de señalar para entender y para ver la forma de otear posibilidades para el futuro de todos. Hay, pues, una memoria real viva entre España y América Latina que la otra memoria, la que se desata reversiblemente ha de traer al presente para que la conozcamos.

3. La Memoria, cuando se contempla desde Europa

Hacia 1810, América seguía siendo para los europeos tierra de promisión.

Las nuevas repúblicas independientes americanas con las que tanto había soñado el criollo ya desde el siglo XVII como rezuma por doquier la *Recordación Florida* del guatemalteco Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán resultaron ser al final “la patria del criollo” sin España, pero lo fueron también sin el indio, al que, de hecho y de derecho, se le siguió considerando extraño en su propia tierra. Nacieron fracturadas, porque no incorporaron a todos los que lucharon por la independencia: negros y pardos, indios, criollos y mestizos.

Con el descubrimiento de América en 1492 el mundo se abre a los tiempos modernos causando un verdadero *terre-moto*, pues geográficamente se redondea por fin el mapa

terrestre y adquiere la forma de esfera, económicamente y por el flujo de metales preciosos permite la acumulación originaria del capitalismo en Europa, políticamente refuerza la consolidación de las nacionalidades modernas, jurídicamente y por las discusiones de la Escuela de Salamanca en torno a la naturaleza de los indios se inicia el derecho de gentes e ideológicamente cambian las mentalidades cerradas y feudales de Europa al aparecer *el otro y lo otro* como horizonte relativizador. Si Copérnico había descentralizado a la Tierra, la aparición de América descentraliza a los europeos y los obliga a rehacer sus esquemas de interpretación del mundo.

Europa vio las nuevas tierras descubiertas por el oeste como lugar de maravillas, tal cual la primera Carta de Colón lo describía. Allí situó Thomas Morus la Isla Amaurota de su *Utopía* y en esas tierras pensó Colón encontrar el Paraíso Terrenal; allí se creyó poder dar con las fabulosas ciudades de Jauja y El Dorado y allí buscó Ponce de León la fuente de la eterna juventud; allí se creyó poder realizar las utopías renacentistas de la ciudad ideal, construida *more geometrico* como mandan las Leyes de Indias y, ante el peligro del turco, hasta se llegó a sugerir el traslado de la Santa Sede a la Nueva España. *Translatio imperii, translatio ecclesiae* que muchos sugerían, entre otros el alemán Nicolás Herborn, general de los franciscanos que en 1532 al escuchar una relación fantástica del nuevo mundo “cuyos habitantes no conocían ni enfermedades ni pestes y vivían cien, doscientos y trescientos años”, señalaba: “ Cuídense ya Alemania, no sea que aquella nación [de los indios] reciba el reino y el cetro [del Sacro Imperio Romano-Germánico]...: “se os quitará el reino y será dado al pueblo que produzca fruto”(Mat. 21,43) (Juan Gil: *Mitos y utopías del Descubrimiento*. Vol. I. Alianza Madrid 1989; pag. 239). Era el *Mundus Novus* que aparece ya en la *Carta Marina Navigatoria Portugallensium* de Martin Waldseemüller de 1507, nuevo mundo no contaminado donde todo podría hacerse mejor que en el viejo. No es casualidad que sobre las jambas de la sede arzobispal de México aparezcan las palabras del Apocalipsis: “Dixit qui redebant in throno nova facio omnia” (y dijo el que hablaba en el trono: Yo haré nuevas todas las cosas).

Pero esas mismas tierras ya independizadas como repúblicas siguieron siendo para los europeos en general tierra de promisión, como atestiguan las continuas emigraciones de europeos hacia América Latina, por supuesto que también tierra de infinita explotación hasta nuestros días y, sin lugar a dudas, la tierra que desató interminables discusiones en Europa sobre la verdadera naturaleza de las tierras y de los hombres y mujeres de América que, en realidad, lo que hacían era fecundar (4) reflexiones acerca de la

naturaleza de Europa misma, pues se trataba de comparar lo de América con lo europeo. Discusiones en las que se vieron enzarzados pensadores como Bodino, Hegel, Humboldt, Buffón, Voltaire, De Paw, Feijoo, Herder, De Caldas, Thomas Moore, Goethe, Comte, y muchos otros.

De “venas abiertas de América Latina” habla el uruguayo Eduardo Galeano y nos recuerda que lo que hoy es Europa y no sólo España es impensable sin la referencia material y conceptual a América Latina.

Tres siglos después del Descubrimiento, América ha seguido cooperando en la construcción de Europa a través de multitud de instancias y relaciones. No hablamos sólo de la riqueza material con la que se ha contribuido a la construcción de las economías europeas, de sus ciudades y monumentos, de su arte y formas de vida (a través de sus productos como las maderas preciosas, el añil, el cacao, el tomate, el pimiento y la piña), sino también y en mayor medida por haber generado ámbitos nuevos al conocimiento (a través de los viajes científicos de Mutis, Malaspina, Humboldt y otros), por haber mejorado y enriquecido la alimentación con el flujo de productos inéditos que como la papa salvó de la muerte por hambre a millones de europeos, por haber fecundado y aún encendido ciencias modernas como la Economía a través de las reflexiones de los arbitristas españoles sobre la influencia de la llegada de los metales preciosos sobre la vida española, la Antropología, desde las Crónicas de Indias de los misioneros, la Botánica con los viajes científicos y el hallazgo de numerosas y desconocidas especies vegetales y animales y a la Ciencia Política a través de las discusiones que, desde la Escuela de Salamanca en torno a la naturaleza de los indios, van a dar lugar al nacimiento del Derecho de Gentes que más tarde irán incorporando en su articulación las nuevas constituciones europeas.

Es la herencia que ininterrumpidamente hemos estado recibiendo de América.

4. La Memoria, cuando se contempla desde América

Hacia 1810, Europa comenzaba a ser tierra a imitar para los americanos y quizás por ello malograron la posible originalidad.

Los criollos, hartos de las trabas que la metrópoli les ponía para su desarrollo y enriquecimiento, comienzan a pensar su independencia en alas de las ideas revolucionarias que les llegan del proceso independentista de las colonias

norteamericanas (lucha por la autonomía llevada a cabo en América en realidad por Europeos), de la revolución francesa, de los ilustrados y enciclopedistas y de la revolución haitiana. El pensamiento utópico cruza el Atlántico, como se ve, en ambas direcciones. “Ilustrados con las luces de las ciencias -dice en aquellas fechas el hondureño José Cecilio del Valle-, restituidos al goce de sus derechos: libres bajo un gobierno protector: iguales en una legislación justa e imparcial: sin reglamentos en la elección de trabajo, ni opresión en el goce de sus productos: ricos con el desarrollo progresivo de gérmenes nuevos de prosperidad, los americanos conocerán al fin que son hombres: sentirán toda la dignidad de su ser: sabrán que el rico y el pobre, el sabio y el ignorante, el título y quien no lo tenga, Newton y el indio, son hijos de una familia, individuos de una especie...El alma del americano se elevará como la del europeo...Pero antes de llegar a esa cima...es necesario trepar rutas escarpadas, andar caminos peligrosos...No nos ocultemos los riesgos...Somos en el punto más peligroso de la carrera: nos hallamos en el periodo más crítico de los Estados. Vamos a formar nuevas instituciones, a hacer nuevas leyes, a crearlo todo nuevo” (J.C. del Valle en A. Serrano: *Textos clásicos del pensamiento filosófico y científico*. Tegucigalpa 1983; págs. 252-259).

Más allá de que lo que se busca es la independencia de España, nación europea, Europa aparece casi siempre como modelo a seguir, como utopía si se quiere, pero también como la creencia de que es lo mejor que hasta el momento ha conseguido la humanidad en formas civilizadas. Las nacionalidades, las constituciones, los códigos acusan influencias europeas y las proclamas independentistas, por mucho que digan valorar lo autóctono y originario, comienzan por declarar la religión católica como religión estatal (5) junto al castellano que se convierte en idioma nacional, sin que se dé el caso de recurrir a una lengua propia, como el quechua o el náhuatl para elevarlas a ese rango. Los nuevos Estados, sobre su tan deseada y buscada independencia, sellan su pacto con la cultura europea, dominante ya en el mundo: la nación y no la confederación como forma de convivencia; la propiedad privada como lo intocable; el individuo como la imagen social, el derecho romano como argamasa; y, por los tiempos que ya corren, el mercado libre cual única fuente fiable de prosperidad (6). Imitación que no ha cesado y sigue calando en las universidades, en los sindicatos y en los partidos políticos. De ahí el continuo flujo de latinoamericanos hacia Europa para alcanzar títulos universitarios y otros tipos de formación profesional.

Ámbito tan homogéneo en muchos aspectos y con tan parecidos, si no iguales, intereses como el latinoamericano, desaprovechó la ocasión de fundar algo así como los Estados Unidos de América Meridional y Central y terminó por imitar la dispersión europea fundando Estados y Nacionalidades extrañas las unas a las otras. ¿Cómo explicarse esto, viendo correr a Bolívar y a San Martín por todo un continente despreciando las cordilleras y a Morazán por todo Centroamérica riéndose de las selvas y de los caudalosos ríos y hablando por Cecilio del Valle con los más altos tonos panamericanos?

¡Tremendo engaño el de los iberoamericanos del Siglo XIX al creer en la perfección de la vida política de las naciones europeas, cuando en ellas se estaba gestando la fase histórica de más y mayor represión humana con el imperialismo y el colonialismo modernos. ¡Queriendo imitar a la Europa cuyas naciones prolongarían sus prejuicios contra el vecino, sus fobias, sus enemistades y sus guerras y hasta mediados del siglo XX!

Pero las naciones de Europa, hartas de tanto conflicto y de tanta guerra y desolación, están consiguiendo superar los prejuicios, los miedos y las amenazas y se ha comenzado a pensar en el acercamiento y la unidad como sendero razonable y esperanzador. Forma nueva de entendimiento que, una vez más, se mira con curiosidad y envidia desde América Latina. Aunque hoy no debemos dejar pasar sin comentario, el miserable papel que Europa está desempeñando en la crisis de los que, huyendo de la muerte, piden asilo y se los confunde con posibles terroristas.

5. Por la unidad soñada

La globalización ha universalizado las relaciones determinantes de nuestras modernas formas de vida generadas por el contacto con América. Y esta vez y animadas otra vez por el ejemplo europeo, que curiosamente se ve con menos escepticismo desde América Latina que desde la misma Europa, en estas tierras ubérrimas que siguen siendo las de las mil posibilidades, pero no por nuevas, sino por el inmenso potencial humano de que disponen, se comienza a pensar en la unidad, en la gran patria latinoamericana.

Cuando España abandona Norte, Centro y Suramérica hacia 1830, de los aproximadamente veinte millones de habitantes de tan extensos territorios, sólo tres millones hablaban español. Es decir, después de tres siglos, ¡sólo una de cada ocho personas hablaba la lengua de Cervantes!

Durante trescientos años, los misioneros habían estado cristianizando a los nativos no en español, sino que, para ser más efectivos, habían aprendido las lenguas amerindias, les habían construido gramáticas y, desde ellas, habían realizado su misión. De ahí que muchas de ellas (como el quechua o el náhuatl) no perecieran.

De modo que fueron las nuevas naciones independientes las que, para universalizar sus políticas y construir Estados Nacionales Republicanos, promovieron oficialmente el español como idioma nacional (como promovieron la religión católica como religión de Estado), logrando así en apenas cien años que las grandes mayorías hablaran español o lo entendieran. Eso hace que hoy, a 200 años de la independencia, desde Río Grande a la Tierra del fuego, con algunas islas idiomáticas muy importantes, tengamos un territorio inmenso, con más de cuatrocientos millones de habitantes hablando, legislando, rezando, cantando, discutiendo, enamorando, articulando sus ideales y deseos en la misma lengua.

Cuatrocientos millones que hablan la misma lengua; que celebran nacimientos, se casan, entierran a sus muertos con ceremonias parecidas; tierras del maíz y del frijol, de la papa y del cacao, del quetzal y del cóndor y del más amplio y rico mestizaje humano de la Tierra, ¿podrán algún día celebrar no ya la patria del criollo, sino su unidad diferenciada para bien de todos?

Quienes vean en intentos como el que tuvo lugar en la Cumbre de la Unidad de América Latina y del Caribe de Quintana Roo (México) sólo fantasías desbocadas por su utopismo, es que no perciben cosas tan elementales como éstas: que ni USA en el siglo XVIII, ni Europa en el siglo XX dispusieron de bases tan homogéneas y propicias como la América Latina y el Caribe de hoy para dar este salto trascendental hacia su vertebración política y económica.

Se dirá que Valle y Bolívar ya tuvieron este sueño y quedó en sueño. Pero lo de Quintana Roo no ha sido fruto de ningún sueño, sino de una necesidad que alza el grito por los cuatro costados de Latinoamérica y del Caribe para poder conseguir grados de autonomía y bienestar dentro de este vendaval de la globalización.

Se podría aplicar aquí aquella secuencia lógica medieval que se atribuía al mismo Dios: *potuit, deuit, ergo fecit* (pudo hacerlo, convino que lo hiciera, luego lo hizo). Se puede hacer la unidad porque las condiciones comienzan a madurar, conviene hacerla, luego hagámosla.

Y ya se sabe: que hablando (¡aún entre cuatrocientos millones!) se entiende la gente.

Es esa memoria irreversible subterránea la que está pujando por hacerse realidad en América Latina (y en Europa). Río subterráneo que se asoma de vez en cuando, pero que no ha cesado de fluir en ambas direcciones, generando esta memoria densa y generosa de la que formamos parte y que nosotros tratamos de reconocer hoy (7).

Notas

(1) Hablamos de “memoria” de las cosas como de la incorporación de todos los momentos de un proceso donde nada se pierde. Memoria como el sedimento que va quedando y asoma por los anillos de los árboles, por las capas geológicas, por los estratos de los glaciares, por la transmisión materna del ADN mitocondrial, por las formas de la conciencia social que se han ido universalizando, por las instituciones y formas de vida, de supervivencia y de convivencia que los seres humanos hemos ido generando a través de los siglos y por la radiación de fondo de microondas cósmicas. Esa es la memoria viva constituyente, memoria por la que el pasado sigue vivo, porque está absorbido y conservado en el presente.

Si creemos que las ideas, los proyectos y los fines pertenecen al hecho histórico tanto como la acción que se desata traducida en construcción de ciudades, puentes o guerras, entonces, ¿dónde está la historia humana de la Independencia Latinoamericana donde se indaga y se investiga lo sucedido sin divorciar el pensamiento de la acción?

Más que una historia de la Independencia de América Latina, lo que estoy planteando es una nueva metodología para hacerla de modo diferente.

Es este modo de pensar pasado, presente y futuro el que me provee del método más fiable y generoso para bordar estos temas.

Así iré de los hechos de hoy y de sus intenciones a los hechos de entonces y sus intenciones y viceversa, en un viaje de ida y vuelta que me muestre todo como parte de un proceso que ni se inició en aquellas primeras décadas del siglo XIX ni termina hoy con lo que se ha logrado. Proceso que, por ser rotundo, me exhibirá no sólo lo puesto, sino también lo reprimido; no sólo lo dado, sino también lo por venir; no sólo lo fáctico, sino también lo posible; no sólo “lo que es” y se da a sí mismo como la totalidad, sino también “lo que no es”, pero que puede llegar a ser y es ya como parte del todo.

(2) La historiografía latinoamericana actual ha bajado ya de su caballo a más de un prócer de la mitología independentista y ha desenmascarado más de uno de esos discursos arrebatadores de los himnos nacionales republicanos donde aparecen cumbres nevadas en países tropicales o cóndores volando sobre las más altas crestas de los Andes. Mitología exuberante que no ha de extrañarnos, si tenemos en cuenta que los relatos sobre aquellos acontecimientos se alimentaron de las mil y una formas que revistió la andadura independentista americana y de la convergencia de ideas de muy diversa procedencia. Por ello, el Grito de Dolores de “Viva la religión, viva la virgen de Guadalupe y mueran los gachupines” del cura Hidalgo de 1810 no tiene nada de esperpéntico y es tan coherente como lo fue el estandarte de la Virgen María al frente de los ejércitos revolucionarios de los campesinos alemanes de Thomas Münzer.

Basta ver desfilar ante nosotros durante los primeros veinte años del S.XIX a grupos, juntas, cabildos abiertos, ejércitos buscando cada cual su patria particular. Porque hubo de todo: ejércitos realistas de indios y pardos contra patriotas insurgentes independentistas; criollos y gachupines en busca de una nueva patria pero con la realeza; indios revolucionarios contra criollos, contra peninsulares y patriotas; curas, abogados, carpinteros y campesinos a favor y en contra de la Constitución de Cádiz; criollos proponiendo una nueva patria con nuevas leyes y criollos proponiendo la suya, pero bajo las viejas leyes; todos ellos mezclados contra Napoleón y sus planes, por no olvidar a los que decían luchar para trasladar a América la Corona y Corte españolas. Ningún grupo humano dejó de tener allí su protagonismo ni fue aquella independencia una simple disputa entre dos contrincantes o entre dos orillas, España y América, sino la gestación multiétnica y de los más variados tonos políticos de un proceso que aún no ha concluido y el inicio de todas las orillas del globo, porque ahí se abrió el planeta Tierra a todos los rumbos.

(3) Desde Europa, América aparece como lugar donde todo es posible. Es la visión utópica, pero, a su vez, imperialista, de un espacio en el que aún está todo por hacer. “Nuevo Mundo” en el que, desde la óptica pesimista de que en el “Viejo Mundo”, la vieja Europa, todo ha salido mal o ya está degenerado, se cree poder iniciar, ahora sí, formas de vida inéditas, acabadas, perfectas. Intentos de los europeos que aparecen por doquier en las Misiones jesuíticas del Paraguay, en las de Perú y México, en los Hospitales de Tata Quiroga, en los Falansterios de Fourier, en los centros New Harmony de Robert Owen, en las comunidades de

los que huyen de las hambrunas, pestes y persecuciones del Centro de Europa como los menonitas. Desde América, Europa aparece como el lugar al que imitar por su madurez, porque allí ya se han consolidado las cosas y el ser humano ha logrado las cimas sociales que imitar. Búsqueda de la perfección, porque se cree que, imitando lo que otros ya consiguieron con tanto esfuerzo y después de tantos siglos, se ahorrará lo malo de los procesos y se arribará cuanto antes al bienestar y a la autonomía soñada. Curiosamente, ideales de los siglos XVIII y XIX que se habían frustrado, pero que comienzan a perfilarse como reales posibilidades ahora en el siglo XXI.

(4) Nos llena de admiración el proceso por el que Andrew Wiles logró demostrar el Teorema de Fermat, Proceso que nos permite entender cómo unas ideas fecundan otras ideas y cómo las ideas promueven acciones y trazan caminos. Fermat quizás ni llegó a demostrarlo, pero, si no lo hizo- y eso sólo lo podemos saber ahora que sabemos que efectivamente tiene demostración-, indudablemente hubo de tener una intuición o sospecha genial, para alumbrar tan monumental problema. Y hasta pienso que pudo no haberlo resuelto, si nos atenemos a la forma en que se encontró su solución: Fueron necesarias las aportaciones (todas ellas parciales) de numerosos matemáticos posteriores a Fermat (Leibniz, Euler, Newton, Lamé, Galois,. Gödel, Turing, Frege, Russell, Witehead, Hilbert, Kummer, Wolfskehl ,Coates, Taniyama,Shimura, Katz, Taylor, Ribet, etc.) para construir esa escalera que llevó al joven inglés a la cima de la demostración. Un proceso vivo, una memoria viva que permite ver lo que el pasado de verdad es: presente concentrado que hace aparecer el resultado de Wiles como la acumulación de saber e ingenio aportado por toda una memoria viva del planeta Tierra.

(5) Se ve en los *Planes de Gobierno* de Francisco de Miranda de 1801: “La religión católica romana será la religión nacional”, pasando por el *Manifiesto* de Miguel Hidalgo de 1810: “Hablo de la cosa más interesante, más sagrada, y para mí más amable: de la religión santa, de la fe sobrenatural que recibí en el bautismo...de la creencia en la Santa Iglesia Católica” , el inicio del *Acta de Independencia de Venezuela* de 1811: “En el nombre de Dios Todopoderoso”, el *Acta de federación de las provincias unidas de la nueva Granada* de 1811 que comienza “En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Amén”, la *Constitución de Quito* de 1812 que se inicia “ En el nombre de Dios Todo Poderoso trino y uno”, la *Declaración de Los Derechos del Pueblo* del chileno Juan de Engaña de 1813 en su punto VI: “La religión de Chile es la católica romana”, la *Constitución de Apatzingan* de 1814 en su Art. 1. “La religión

católica apostólica romana es la única que se debe profesar en el Estado”, la *Constitución de Guayaquil* de 1820: Art.1. “La Provincia de Guayaquil es libre e independiente; su religión es la católica, y se ve en la *Declaración de Independencia de Bolivia* de 1825 donde los ciudadanos: “protestan...su voluntad irrevocable de gobernarse por sí mismos...y al sostén inalterable de su santa religión católica”. (Véase: Romero, José Luis y Luis: *Pensamiento Político de la Emancipación* (1790-1825).Vols. I y II. Ayacucho. Caracas 1977).

(6) “La *Declaración de Independencia de Bolivia* de 1825 donde los ciudadanos: “protestan...su voluntad irrevocable de gobernarse por sí mismos...y al sostén inalterable de...los sacrosantos derechos de honor, vida, libertad, igualdad, propiedad y seguridad”. (Véase: *Pensamiento Político de la Emancipación*, O.c. Vol. II, pág. 194).

(7) Hay que llevar mucho cuidado a la hora de dar estos saltos al pasado. Porque, en estos saltos hacia atrás, en estas combas regresivas que es capaz de realizar el entendimiento humano en alas de la abstracción, se pueden llevar a cabo “proezas” como la de contar la historia de la humanidad sin hablar de la mujer o sin hablar del indio o sin hablar del obrero o, como dijo aquel listo inglés, se puede contar toda la historia de Europa, sin hablar de España. Proezas como esas y otras aún mayores se pueden contar ocultando cuanto la razón perezosa nos exija o negando cuanto la razón ideológica nos pida o dejando de lado cuanto el lujo de los tiempos nos lo solicite para no incordiar ni quitarle el sueño a los que duermen tranquilos en sus muelles y aseguradas creencias. Como se puede decir, por mor de las abstracciones más potentes, que se está hablando de los procesos económicos reales y aún matemáticamente, esto es, según la ciencia más fiable, dejando de lado la relación del ser humano con la Tierra. Sí, hablando del ser humano que produce, que trabaja, que consume como si no existiera la Tierra donde vive y de la que vive, de la que extrae sus materias primas, la que le da el agua, el aire y el Sol, las fuentes de energía y con la que necesariamente metaboliza.

¿Recuperar así la memoria de las cosas, cuando se la está destrozando tan certeramente?

BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA

- Albi, Julio: *Banderas olvidadas*. ICI. Madrid 1990
- Castoriadis, Cornelius: *El ascenso de la insignificancia*. Frónesis. Valencia 1998
- Colección de decretos y órdenes de las Cortes de Cádiz*. Vols. I y II. Cortes Generales, Madrid 1987
- Colón, Cristóbal: *Textos y documentos completos*. Alianza Editorial, Madrid 1989
- Fernández Herrero, Beatriz: *La utopía de América*. Anthropos, Madrid 1992
- Gerbi, Antonello: *La disputa del Nuevo Mundo*. FCE. México 1982
- Gil, Juan: *Mitos y utopías del Descubrimiento*. Vols I, II y III. Alianza Editorial, Madrid 1989
- Hegel, G.W.F.: *Phänomenologie des Geistes*. Akademie Verlag. Berlin 1967
- Henríquez Ureña, Pedro: *La utopía de América*. Ayacucho, Caracas 1978
- Humboldt, Alejandro von: *Cartas americanas*. Ayacucho, Caracas 1980
- Lavalle, Bernard y otros: *La América española en la Época de las Luces*. ICI, Madrid 1988
- Lucena Giraldo, Manuel: *Naciones de rebeldes*. Taurus, Madrid 2010
- Peláez Martínez, Severo: *La patria del criollo*. EDUCA, San José 1976
- Romero, José Luis y Luis Alberto: *Pensamiento político de la Emancipación (1790-1825)*.
Vols. I y II. Ayacucho, Caracas 1977
- Valle, José Cecilio del: en Serrano, A.: *Textos clásicos del pensamiento filosófico y científico*.
Tegucigalpa 1983.